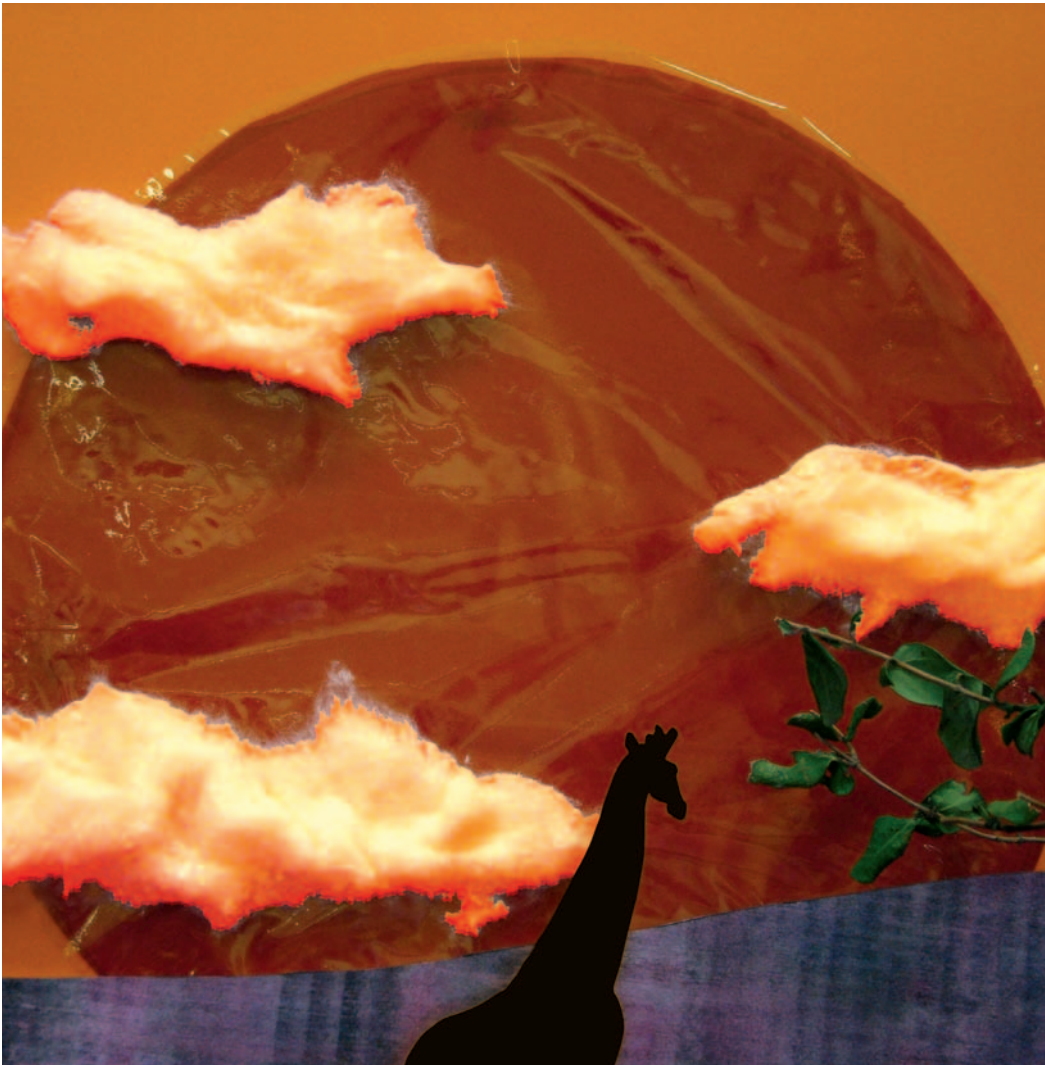




Lupe, la princesa Jirafa



**En** un lugar de la sabana africana, de cuyo nombre no puedo acordarme, vivía Lupe, la pequeña jirafa, y su mamá, La Reina de la Selva.

Lupe y su familia vivían en un enorme palacio blanco, donde su madre pasaba todo el día dedicada a reinar, desde que Su Majestad el León había abandonado la vida de la corte para dedicarse a viajar por esos mundos lejanos. Por eso Lupe se pasaba el día sola. Bueno, en realidad estaba Madame Cebra, que era quien la cuidaba y con quien jugaba, pero Lupe era bastante desobediente y se dedicaba todo el día a hacer rabiar a la pobre animal.

En la habitación de la pequeña jirafa había montañas de juguetes, que Lupe miraba aburrida, y que apenas tocaba, pese a los intentos de Madame por entretenerla.



A Lupe no le gustaba leer, no le gustaba jugar con muñecas, ni con coches, ni al parchís. Cuantos más juguetes le regalaban, menos tiempo dedicaba a jugar con ellos.

Lo que más le gustaba a Lupe era burlar a Madame y escaparse de la vida de palacio a la hora del atardecer, y subida a un risco, sentarse a ver la puesta de sol sobre la extensa sabana, hermosa y amarilla.

Sin embargo todo esto cambió a partir de un viaje que hizo acompañando a su mamá y al séquito real. Llegaron a una zona muy pobre del país, habitada tan solo por cerdos salvajes y otras alimañas. Mientras la Reina transmitía mensajes de esperanza a la población, Lupe se fue a dar un paseo sola.

Se encontró con unos cerditos que se lo estaban pasando en grande, jugando en un enorme charco de lodo.

Asustada y escondida en un principio tras un arbusto de acacia, enseguida se animó a participar en el juego, invitada por sus nuevas amistades: los cerditos Vidal y Ventura y la cerdita Felicitas. Pasaron toda la tarde juntos riendo y disfrutando hasta que, al ponerse el sol, Lupe se dio cuenta de que era hora de volver a Palacio. Pero ya no había ni rastro del séquito real.

-No te preocupes, le dijo Felicitas. Seguro que mamá estará encantada de que te quedes con nosotros. Vidal y Ventura asintieron, y todos juntos se dirigieron al poblado.

Allí Lupe fue tratada con mucho cariño. Cenó con la familia de Vidal, compartiendo las patatas de la cena, y durmió sobre un lecho de paja rodeada de sus nuevas amistades, disfrutando de un calor que no conocía en Palacio.

A la mañana siguiente, tras un ligero desayuno de las patatas que sobraron de la cena, Lupe, Vidal, Ventura y Felicitas se fueron de nuevo a jugar. Nunca la princesa había disfrutado tanto con tan poco. El tiempo se pasó volando, no como en Palacio, donde las horas eran eternas.

Cuando regresaban al poblado a la hora de comer, Lupe divisó de lejos la seria figura de Madame Cebra. Se dio cuenta entonces, de que por una parte se alegraba de verla, pero por otra, eso suponía regresar a su aburrida y solitaria vida en la corte y separarse de sus amistades. Madame, que la conocía muy bien, dispuso entonces que Felicitas, Vidal y Ventura les acompañaran en un trayecto que pronto se hizo habitual en la vida de todos ellos.

A partir de ese día, la vida de Palacio cambió. Lupe repartió sus juguetes entre las criaturas del poblado. No necesitaba tantos trastos ahora que conocía la riqueza de la amistad. Pasaba también más tiempo con su mamá, que suspendió las comidas con su gabinete ministerial para estar con su hijita.

Lo único que no cambió fue el atardecer en la sabana, el momento en el que el sol se despide del día con toda la magia de sus colores. Y en los riscos, la misma figura de una pequeña jirafa, que a partir de entonces se sentirá el ser más rico de la tierra.

